

The background of the cover is a painting. On the right, a woman with voluminous, wavy reddish-brown hair is shown from the back, looking towards the left. She is wearing a light-colored dress with a thin pearl necklace. On the left, a green tufted chaise longue sits on a wooden floor. A black top hat and a black cane with a gold handle rest on the chaise. The wall behind the furniture is a solid blue color.

Miranda Jarrett

*Una dama
y una apuesta*

H
Harlequin Internacional

Miranda
Jarrett

*Una dama
y una apuesta*



HARLEQUIN®

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2005 Miranda Jarrett. Todos los derechos reservados.
UNA DAMA Y UNA APUESTA, N° 364 - 1.7.06
Título original: Rake's Wager
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8117-3
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Woodbury, Sussex, Inglaterra
1806

Cassia Penny estaba sentada con la espalda pegada al respaldo de la silla y apretaba con fuerza en el regazo el pañuelo que tenía convertido en un nudo. El cuello de algodón negro de luto le cortaba la garganta; la tela resultaba tan burda y poco apropiada para aquel día de comienzos de la primavera que sentía cómo le corría el sudor dentro del vestido por los brazos, entre los pechos y en la parte de atrás de las rodillas, encima de las ligas. Aunque mantenía la cabeza alta como las de sus hermanas, sentadas una a cada lado de ella, le escocían los ojos de llorar y necesitaba muy poco para echarse a llorar de nuevo.

Sólo tenía veinte años, pero sentía que había muerto también una parte de su vida.

Nada volvería a ser igual para ninguna de ellas.

El señor Grosse, el abogado, estaba sentado ante el escritorio ahora vacío de su padre y ordenaba con las manos los papeles del testamento.

—Lamento decir que sus vidas tienen que cambiar, señoritas —el hombre suspiró con una tristeza apropiada al momento—. Aunque eso no debería sorprenderles mucho si tenemos en cuenta la vocación de su padre.

—Sabemos que nuestro padre era un vicario rural, señor Grosse —dijo entre dientes Amariah, la hermana mayor de Cassia—. Nos admira el legado que ha dejado tras de sí en esta tierra y la recompensa que seguramente tendrá ahora en el cielo.

El señor Grosse la miró por encima de sus anteojos.

—Pero esas obras acumulan pocos intereses en el banco, señorita Amariah, y la generosidad de su padre le impedía ahorrar.

—Mi padre era un caballero amable, bueno y educado —protestó Cassia; se levantó de la silla—. Y no toleraremos que diga usted otra cosa.

La mano de Bethany se posó enseguida

en su brazo y la presionó con gentileza para que volviera a la silla.

—El señor Grosse sólo dice la verdad, Cassia. A papá nunca le preocupó adquirir bienes terrenales, así que nunca esperamos que nos dejara muchas propiedades.

—Pero tampoco esperábamos que muriera tan pronto —Cassia se sentó de nuevo, luchando por no llorar. Su padre sólo tenía cuarenta y cinco años. ¿Quién iba a imaginar que un corazón tan grande se pararía de pronto mientras arrancaba las primeras malas hierbas de primavera en el huerto de al lado de la cocina?

—Por eso hemos empezado ya a planear nuestro futuro —la sonrisa de Amariah era triste, pero también exudaba una confianza que Cassia no podía compartir—. Papá siempre confió en que encontraríamos nuestro camino en la vida y así lo haremos.

—Tendrán que encontrarlo fuera de esta casa, señorita —el señor Grosse suspiró de nuevo—. Sir Cleveland me ha informado ya de que el nuevo vicario llegará pronto y querrá vivir aquí, como le corresponde por su puesto. Sir Cleveland lamenta esta prisa, pero...

—Dice que le preocupan las necesidades

espirituales de la congregación —de nuevo se esforzó Cassia por reprimir las lágrimas—. Y también le preocupa mucho ese sobrino suyo que siempre ha querido ocupar el lugar de mi padre, ese insolente ambicioso.

—¡Cassia! —exclamó Amariah con tono de advertencia—. Ese modo de hablar no honra la memoria de papá.

Cassia bajó la vista, sabedora de que su hermana tenía razón, como siempre. No importaba que aquella casa vieja, con su rosaleta y su estanque de patos fuera el único hogar que habían conocido ni que ahora tuvieran que marcharse de allí para siempre. Tenía que ser fuerte y valiente como sus hermanas, y mirar al futuro, no al pasado.

Aunque no tuviera ni la menor idea de cuál sería ese futuro ni dónde estaría.

El señor Grosse miró a su alrededor en la biblioteca, las cajas y baúles que se tragaban ya los libros y pertenencias del difunto vicario.

—¿Se van a vivir con algún familiar o amigo?

Bethany sonrió con serenidad.

—Dios ayuda a quien se ayuda a sí mismo, señor Grosse. Mi padre nos inculcó su amor por los logros y el conocimiento y

tenemos intención de usar esos dones para mantenernos.

El señor Grosse pareció aliviado de tener que ahorrarse los remordimientos de poner en la calle a las hijas del vicario.

—¿Entonces han hecho planes?

Amariah asintió con brusquedad.

—Yo estoy considerando una oferta de los señores Whiteside para trabajar como institutriz de sus hijas en Rushington.

—Y lady Elverston me ha invitado a ser su dama de compañía en Elverston Hall — Bethany apretó las manos con modestia, como si no pudiera creer en su buena suerte—. Ha tenido la amabilidad de recordar las cenas que organizaba para mi padre y sus amigos y cree que eso y mi talento para el piano pueden ser de utilidad en Elverston.

—¡Excelente! —exclamó el abogado con aprobación—. ¿Y usted, señorita Cassia? ¿Ha decidido ya su futuro?

La interpelada bajó todavía más la cabeza. No tenía tanto talento como sus hermanas. Las cosas que mejor se le daban, alterar vestidos y sombreros para dejarlos a la moda, colocar las flores en la iglesia o contar historias que hacían reír a los caballeros y apilarse

a su alrededor para pedirle un baile en la reunión mensual de Havertown, no eran de las que podían ayudar a ganarse la vida, por lo menos a una señorita de buena reputación.

Pero habían sido más que suficiente mientras vivía su padre, cuando ella le hacía reír hasta que se le saltaban las lágrimas y le hacía olvidarse de preparar el sermón.

—Estoy segura de que Cassia encontrará algo muy pronto —repuso Amariah con rapidez—. Esto ha sido muy inesperado para todas, señor Grosse.

—Por supuesto, por supuesto —el hombre miró los papeles que tenía ante sí con el ceño fruncido—. Pero tengo cierta revelación que puede ayudar a paliar la urgencia de su situación. Tal vez no sea una noticia muy bien recibida, ya que tiene que ver con la integridad de su padre. Pero podemos evitar que salga de esta habitación.

Cassia se inclinó hacia delante, con el corazón latiéndole con rapidez ante la perspectiva de más noticias malas.

—¿Una revelación, señor? ¿Sobre mi padre?

—Sí, señorita —él pasó otro papel—. Su padre quería mantener esto separado del

resto del testamento, pero les aseguro que la herencia es perfectamente legal.

Carraspeó y miró a las hermanas.

—Hace mucho tiempo, un miembro agradecido y arrepentido del rebaño de su padre, dejó a éste su única posesión... un club social privado en Londres.

—¿Un club social? —Cassia negó con la cabeza—. A mi padre nunca le importó nada la sociedad. ¿Para qué iba a querer él un club social?

El abogado carraspeó con cierto embarazo.

—A un club social no van muchos miembros de la sociedad, señorita. Ése es su nombre educado. El otro nombre, y le ruego me perdone, es una casa de juego.

—¿Mi padre?

—Sí —el señor Grosse se apresuró a mirar de nuevo sus papeles—. Pero aunque muchos hombres hubieran vendido una herencia tan dudosa, su padre la consideraba un regalo del cielo, un modo de hacer el bien partiendo del mal. Dejó que continuaran las actividades del club y entregaba todos los beneficios a huérfanos y viudas, en particular a aquéllos que habían llegado a sufrir a causa del juego.

Cassia se llevó una mano a la boca. Su padre nunca había aprobado ninguna forma de apuestas ni otros juegos de riesgo y azar. Y sin embargo, ahora parecía que poseía una casa entera en Londres dedicada precisamente a eso. ¿Cómo había podido mantenerlo en secreto?

—¿Papá tenía un club de juego privado, señor Grosse? —Amariah enarcó las cejas con incredulidad—. ¿En Londres? ¿Nuestro padre?

—Me temo que sí, señorita —el abogado movió la cabeza—. Sé que la noticia ha debido ser una sorpresa, pero...

—¿La casa está en un barrio próspero? —preguntó Bethany—. Si eso es cierto, seguro que papá se consideraba una especie de Robin Hood moderno que tomaba dinero de los ricos para dárselo a los menos afortunados. No me imagino que pudiera ser otra cosa.

El señor Grosse bajó la vista y revisó los papeles.

—Creo que el club está en St. James Street, una dirección muy respetable para un negocio así. Se llama Whitaker, aunque nadie parece recordar ya quién fue o es el señor Whitaker. Oh, aquí hay una vista del club desde la calle.

Les pasó un grabado y Amariah lo tomó y colocó el papel de modo que sus hermanas pudieran verlo también.

—Es una fachada muy hermosa, ¿verdad? —comentó Cassia, que no sabía qué más decir.

Acostumbrada como estaba a la vicaría, rodeada por las verdes colinas de Sussex, aquella casa de ciudad, encerrada entre otras similares, le parecía tan atrayente como un bloque de hielo. Las paredes parecían de piedra, de tres pisos, y las ventanas altas y cuadradas sin contraventanas añadían severidad a la fachada. Un caballero solitario vestido con un estilo anticuado se tocaba el sombrero y señalaba con el bastón la entrada, consistente en cuatro escalones y una puerta lisa.

—Es hermosa —asintió el abogado—. Y por lo que he podido saber, Whitaker era en otro tiempo un club de moda entre los caballeros de la alta sociedad, los congresistas y los oficiales de la corona.

Amariah levantó la vista de la ilustración.

—¿Pero ya no lo es?

El señor Grosse se encogió de hombros.

—No es lo que era, no. Su padre era un propietario ausente que dejó que se deteriorara con el tiempo, pero la propiedad sigue

siendo buena y no será difícil encontrar un comprador por un precio que puede ayudarlas a aliviar mucho su situación actual.

—¿Pero cuáles eran los deseos de mi padre? —preguntó Cassia, que miraba todavía la casa sombría de piedra gris—. ¿Quería que vendiéramos esa propiedad o que siguiéramos haciendo buenas obras con ella?

—Sí, señor Grosse, tiene que decirnos eso —Bethany estaba ahora sentada en el borde de la silla—. Uno de los temas favoritos de sus sermones era el de «equilibrar la balanza de nuestra sociedad moderna». Si a él le concedieron un vehículo tan bueno para equilibrar esa balanza, no creo que quisiera que nosotras lo abandonáramos ahora.

—Y si el barrio es tan respetable como usted dice —añadió Amariah—, nosotras podríamos vivir allí y ser autosuficientes. Seguramente papá también querría eso para nosotras. Oh, sí, señor Grosse, debemos considerar esto desde todos los ángulos posibles.

—No puedo decir que esté de acuerdo —el abogado frunció el ceño y sacudió la cabeza, con lo que esparció una capa fina del polvo gris de su peluca—. Ya es bastante raro que un vicario rural posea un club de

juego, pero que tres señoritas virtuosas sigan manteniéndolo e incluso decidan vivir encima de un antro de desesperación y depravación... eso es imposible y les aconsejo encarecidamente que no lo hagan.

—¿Es ilegal, señor Grosse? —preguntó Cassia. La casa de ciudad del grabado no respondía a su idea de un hogar, pero seguramente sus hermanas y ella podrían convertirla en uno—. ¿Las mujeres tienen prohibida la propiedad de tales clubes?

—No hay una razón legal en contra, pero no resulta apropiado. Sería de lo más irregular, muy...

—¿Hay algo más que no nos haya dicho, señor Grosse? —Amariah pasó los dedos por la ilustración como si tocándola pudiera hacerla más real—. ¿La casa se usa para otras actividades más vergonzosas?

—¡Cielo santo, no, señorita! —el abogado enrojeció hasta la raíz de la peluca—. Sólo se juega... y eso ya es bastante vergonzoso para una señorita como usted.

—El mundo puede ser vergonzoso, señor, hasta para las señoritas —Amariah se puso en pie y Cassia y Bethany la imitaron—. ¿Quiere disculparnos un momento, por favor?

El abogado gruñó para sí, pero no tuvo más remedio que salir y cerrar la puerta.

—Yo no sé si papá nos ha dejado un regalo o sólo un rompecabezas —comentó Amariah en voz baja.

—Un regalo, un gran regalo —Cassia caminaba adelante y atrás por la alfombra, incapaz de ocultar su entusiasmo—. Nos ha dado un modo no sólo de mantenernos sino además de continuar su trabajo. ¡Y de vivir en Londres, la ciudad más importante del mundo!

—Yo estoy pensando en lo mucho que debemos aprender —Amariah levantó la mano y empezó a contar con los dedos—. Sólo hemos visitado Londres unas cuantas veces y no sabemos nada de la ciudad ni de cómo funciona. No tenemos amigos allí ni nadie a quien acudir en busca de consejo. Ni siquiera sabríamos dónde encontrar un carnicero o un tejedor. Y no tenemos ni idea de cómo funciona un club como el Whitaker ni de cómo hace su dinero.

—Podemos aprender —sonrió Bethany—. No somos tontas.

Amariah la miró enojada por la interrupción.

—Pero también podríamos hacer el ridí-

culo de un modo inconcebible. No conocemos a los encargados del club ni sabemos si la confianza de papá en ellos estaba bien fundada. El señor Grosse ha dicho que el club ya no da tantos beneficios como antes.

Cassia movió las manos en el aire como si quisiera apartar con ellas las objeciones de su hermana.

—Pues contrataremos a personas que puedan mejorarlos.

—¿Y dónde vamos a encontrar a esas personas? —Amariah levantó las manos—. Ni siquiera sabemos cómo son esos juegos malvados que nos mantendrían a nosotras y las caridades de papá.

—Podemos aprender —insistió Cassia—. Piensa en todo lo que nos enseñó papá, latín, griego, geografía, matemáticas y todas las demás cosas que se supone que las chicas no podían comprender. Pensábamos que bromeaba cuando decía que ese conocimiento sería nuestra dote, pero a lo mejor hablaba en serio.

Amariah miró el papel que tenía en la mano y frunció el ceño.

—Esto sería muy diferente a traducir *La Ilíada*.

—Lo sería y no lo sería —declaró

Cassia—. Piensa en lo rápida que eres tú haciendo cálculos. Seguro que podrías aprender los juegos y revisar las cuentas.

Bethany asintió con la cabeza.

—Por lo que he leído en los periódicos de Londres, gran parte del éxito de trabajar con caballeros es darles un lugar cómodo y lujoso para sus vicios. Jugar pueden hacerlo en cualquier parte, pero si la comida y la bebida son mejores que en ningún otro sitio, volverán a nuestro club.

—Y si Bethany se encargara de la cocina lo serían —Cassia dio una palmada—. Ninguno de esos cocineros franceses de Elverston puede compararse contigo y lo sabes.

Amariah suspiró, no con resignación exactamente, pero casi.

—¿Y qué papel te has reservado tú, Cassia?

Ésta levantó la barbilla y sonrió. No era tan inútil como había temido al principio; sólo tenía que encontrar su lugar.

—Yo convertiré el club en el lugar más de moda de Londres —declaró—. Será un lugar tan original que todas las personas que no hayan estado darán un ojo de la cara por decir que han estado.

—Cassia —gimió Amariah—. ¿Y qué saben de moda tres hijas de un vicario de Woodbury?

—Tres hijas hermosas —rectificó Cassia.

Y las tres se miraron como de común acuerdo en el espejo que había encima de la chimenea. A pesar del luto, de los ojos rojos por el llanto y del pelo de color cobre apartado con severidad de la cara, formaban un trío espectacular; Amariah, la mayor y la más alta, tenía el porte de una duquesa; Bethany, la del medio, poseía un rostro muy dulce y Cassia unos pómulos altos y unos increíbles ojos azules.

—No puedes decir que no somos hermosas —dijo—, porque lo somos, gracias al cabello pelirrojo de papá y a la belleza de mamá. Todo el mundo lo dice. ¿Tú no sentirías curiosidad por nosotras si fueras un caballero aburrido de Londres?

—Flirtear con los hijos del conde en la reunión anual de Havertown no es lo mismo que competir en ingenio con los libertinos de Londres —repuso Amariah—. Podríamos encontrarnos en una posición muy difícil.

—Cuanto más dignas nos mostremos —replicó Cassia—, más misteriosas y exóticas

les pareceremos, precisamente por ser dignas en un mundo de maldad. Y podríamos cambiar el nombre del club y llamarlo Penny House.

—¡Penny House! —exclamó Bethany, encantada—. Eso me gusta.

Amariah dejó el grabado del club en la mesa y se llevó las manos a las mejillas.

—No puedo creer que tengamos esta conversación cuando papá lleva tan poco tiempo muerto —dijo con suavidad—. Londres, una casa de juego con nuestro nombre y si vamos a flirtear con hombres libertinos. Oh, ¿qué diría papá?

—Nos llamaría su manada de pavas tontas —repuso Cassia—. Y nos diría que hiciéramos lo que creíamos que teníamos que hacer, igual que lo hacía él. Era lo que siempre decía.

Bethany tomó a sus hermanas de la mano y juntas miraron con solemnidad el dibujo de Whitaker.

—En Londres estaríamos juntas —dijo Cassia—. No tendríamos que separarnos. A papá también le gustaría eso.

Bethany asintió.

—Si vamos allí y descubrimos que

Londres no va con nosotras, podemos vender como quiere el señor Grosse.

—Pero irá con nosotras —se apresuró a decir Cassia—. Y si no es así, haremos que vaya.

—Sí, claro, Cassia. Todo Londres caerá a los pies de las hermanas Penny —Amariah suspiró—. La verdad es que no me apetece nada cuidar de las horribles hijas de los Whiteside.

Bethany levantó la vista con ojos brillantes.

—Y creo que lady Elverston sobrevivirá sin oírme tocar para ella todas las noches.

Cassia dio un respingo, incrédula todavía.

—¿Entonces nos vamos? ¿Aceptamos el legado de padre y trabajamos en él?

—A Londres —sonrió al fin Amariah—. Parece que, a su modo, esto era lo que padre quería que hiciéramos.

—¡A Londres! —repitió Cassia. Levantó las manos unidas con las de sus hermanas—. ¡A Londres y a Penny House!

Dos

Cuatro meses más tarde
Londres

Richard Blackley se acercó más al cuadro e inspeccionó la superficie en busca de grietas para juzgar mejor su edad. Le importaba un bledo si el cuadro tenía doscientos años o dos semanas y él no sabría reconocer la diferencia excepto por el precio de salida que pudiera pedir el subastador. Miró la lista del catálogo: *La adivina, italiana, siglo XVI*.

Eso le hizo sonreír. La vieja era claramente una alcahueta que se apoderaba de la última moneda que el pobre tonto del fondo llevaba en el bolsillo mientras él miraba como un idiota a la fulana de turbante escarlata que estaba en la ventana. La que más le gustaba era la fulana, con su mirada adormilada y sus pechos cremosos desnudos. Conocía el

lugar ideal para ella, en su vestidor de Greenwood, donde lo divertiría mientras se afeitaba.

Dibujó una estrella pequeña al lado del cuadro en el catálogo. Por regla general no le importaban nada los cuadros, pero aquél no quería perderselo. ¿De qué servía ser rico si no podía comprarse un cuadro que le hiciera sonreír?

—Disculpe, señor —una joven se había abierto paso entre el resto de la gente que contemplaba la exposición antes de la subasta y estaba ahora apretada entre Richard y el cuadro—. No era mi intención chocar con usted.

—Disculpada —él se levantó el sombrero y sonrió. Era fácil sonreírle; era una chica guapa de ojos brillantes azules y cabello rojizo, que su gorro oscuro de luto parecía resaltar en lugar de ocultar—. Aunque, si he de ser sincero, no había notado que había chocado conmigo.

—Pues he chocado, señor —repuso ella—; por eso tenía que disculparme. Sería una grosería no hacerlo.

Hablaba con naturalidad y, en realidad, ni siquiera parecía fijarse en él. Centraba toda

su atención en el cuadro que había ante ellos y Richard vio con desmayo que trazaba un círculo alrededor del mismo número que había señalado él en el catálogo.

—¿Va a pujar por este cuadro, señorita? ¿Tanto le gusta?

—Para eso viene uno a las salas de subastas de Christie's, ¿no? Para pujar por los cuadros que le gustan. La semana pasada vendí tres cuadros horribles de campesinos con vacas y ahora quiero premiarme comprando éste.

—¿Para usted? —preguntó él, sorprendido. No parecía el tipo de cuadro que se comprara una señorita que no debía tener más de veinte años.

—Lo he elegido yo, sí, aunque estoy segura de que a mis hermanas también las divertirá —se inclinó a examinar la superficie como había hecho Richard—. Creo que no es tan antiguo como dicen. Seguramente es una copia, y ni siquiera es italiano... pero creo que la adivina está muy bien pintada.

—En eso también se han equivocado en el catálogo —dijo él—. Si esa vieja es una adivina, yo soy... soy...

Se interrumpió al comprender su error, la

clase de error que los auténticos caballeros ingleses no cometían cuando hablaban con señoritas inglesas.

—¿Y qué otra cosa puede ser? —los ojos de la joven eran tan azules como el Caribe y tan dispuestos a tragárselo como ese mar—. El soldado sonriente acaba de pagarle y ella le sostiene la mano para leerle la palma mientras la otra mujer los mira. El futuro de él no debe ser malo, ya que parece contento. La buena fortuna venciendo a la mala. Por eso, señor, quiero comprar este cuadro en particular.

Se apartó de él y se acercó al siguiente cuadro y él la siguió porque no quería perderla todavía.

—Parece que hable por experiencia —dijo—. Me refiero a lo de la buena suerte y la mala.

—No hay nadie en el mundo que no haya experimentado los dos tipos de suerte —ella lo miró de soslayo entre las pestañas y sin girar la cabeza—. A menos, señor, que sea usted de los que no creen en la suerte.

—Si se refiere a que me quede sentado al lado de un arroyo y espere que me cambie la suerte, no, no creo —repuso él—. Pero sí

creo en aprovechar las oportunidades que ofrece el destino y hacerlas mías.

Ella enarcó una ceja y soltó una carcajada alegre, que él enseguida anheló volver a oír.

—Es una forma atrevida de hablar, señor —dijo ella—. Digna del propio Bonaparte.

—No es hablar por hablar —insistió él—, ni pretendía con ello mostrar simpatía por los franceses. Es mi forma de vivir.

—Yo no he dicho que hablara por hablar, sólo he dicho que es una forma atrevida de hablar, lo cual es bastante distinto —ella se situó delante del cuadro siguiente y Richard la siguió. En Barbados no había conocido mujeres inteligentes como aquélla—. Seguro que le gusta el juego.

Él frunció el ceño, sin comprender la lógica de ella.

—Soy una experta en adivinar qué caballero son jugadores —explicó ella, con una nota de triunfo en la voz, como si eso fuera una virtud que se esperara de las señoritas, como cantar o bordar—. Si es usted tan osado como dice, debe de ser de esos caballeros a los que les gustan los juegos de azar.

Richard negó con la cabeza.

—Ni dados ni cartas, y tampoco me ape-

tece vaciar mis bolsillos por un caballo desconocido.

—¿En serio? —preguntó ella, decepcionada—. ¿Seguro que no juega?

—De más joven jugaba —dijo él, para hacer que se sintiera mejor—, pero hace años que no. Ahora prefiero apuestas que conlleven un tipo de emociones más fuertes.

—¿De veras, señor? —la voz de ella se volvió fría y sus mejillas se sonrojaron—. ¡Qué bien para usted!

Richard reprimió un juramento al darse cuenta de que ella había vuelto a interpretarlo mal. Él se refería a las inversiones peligrosas y otras aventuras comerciales con beneficios arriesgados en las que se había especializado y ella pensaba que esas emociones más fuertes tenían que ver con ella y su encantadora personilla... su virtud, como decían las señoritas.

—¡Oh, maldita sea, yo no lo decía en ese sentido! —la tomó del brazo para obligarla a mirarlo y que comprendiera que no le deseaba ningún daño—. Vamos, escúcheme. Yo nunca he tenido que recurrir a una apuesta para tener compañía femenina y no pienso empezar ahora.

—No —repuso ella cortante. Miró los dedos de él en su brazo—. Pero, por otra parte, yo no imagino a una mujer haciéndole compañía de buena gana, ni por dinero ni por amor.

Él suspiró con impaciencia y se preguntó por qué narices se había vuelto ella tan puritana de pronto.

—Eso no es lo que...

—¿No lo es, señor? —el borde curvo del gorro de ella temblaba de indignación—. Puede que yo venga del campo, pero no ignoro por completo las vilezas que se pueden encontrar en esta ciudad.

Algunas personas cercanas empezaban a volverse con curiosidad y Richard bajó la voz.

—Escúcheme, encanto, y deje de hablar de cosas de las que no sabe nada. Usted no reconocería una vileza aunque tropezara con ella en la calle.

—No me llame «encanto» —liberó su brazo—. Y ahora déjeme, señor, antes de que le demuestre lo que sé de sus vilezas y llame a uno de los guardas del señor Christie para que lo eche de aquí. Buenos días, señor.

Se alejó entre la multitud, lo más deprisa que pudo.

Richard pensó que era mejor así. Si necesitaba que le recordaran que las señoritas de Londres podían ser muy difíciles, la pelirroja acababa de hacerlo. Al principio había creído que sería diferente y hablaría con naturalidad, pero se había vuelto de pronto tan puritana como todas las demás mujeres de esa ciudad, donde era imposible encontrar a una que no lo fuera.

Aunque él estaba dispuesto a seguir intentándolo. Lo había decidido antes incluso de que su barco se alejara de Barbados. Había hecho fortuna, comprado ropa buena, un carruaje y caballos y lo esperaba una mansión antigua en el campo. Ya sólo le faltaba una novia de buena cuna para completar la transformación y hacer ver al mundo que Dick Blackley, el hijo del minero, se había convertido en Richard Blackley, el caballero.

Miró una vez más en la dirección por donde había desaparecido la joven. Lamentaba que no fuera ella la mujer que buscaba. Le había gustado su espíritu y su buen ánimo, antes de que se pusiera tonta sin venir a cuento.

Y no estaba dispuesto a permitir que le arrebatara su cuadro.

El subastador se había acercado al podio y probaba su martillo en la palma de la mano mientras su ayudante tocaba la campanilla para señalar el comienzo de la subasta. La mayoría de la gente corrió a buscar asiento en los bancos largos, mientras unos pocos echaban un último vistazo a los cuadros colgados en las paredes. Un lacayo llevó el primer cuadro, un paisaje sombrío, a la parte delantera de la sala y lo colocó en el caballete alto preparado allí para que todos lo vieran.

Richard no se sentó, sino que optó por quedarse apoyado en la pared desde donde podía ver el cuadro de su prostituta. Cruzó los brazos en el pecho y miró los bancos, pero no vio ni rastro de la mujer pelirroja vestida de luto. A lo mejor la había espantado o el cuadro no le había interesado de verdad en ningún momento.

El sol se deslizaba lentamente por la claraboya del techo a medida que avanzaba la subasta y el lacayo iba cambiando los cuadros en el caballete. Al fin le tocó el turno a *La adivina* y Richard se apartó de la pared y se enderezó el sombrero.

—El siguiente es un cuadro italiano del

siglo XVI titulado *La adivina* —anunció el subastador—. Es obra de un maestro antiguo cuyo nombre se ha perdido, pero por suerte conservamos el producto de su genio. Abre con cinco libras. ¿Quién da cinco libras?

Richard levantó la mano sólo lo suficiente para que la viera el subastador. Imaginaba ya el cuadro en su vestidor de Greenwood.

—Cinco libras para el caballero alto de la pared, una miseria por un trabajo de esta calidad, de esta sensibilidad, de esta...

—¡Siete libras!

—Siete libras para la dama de luto —anunció el subastador—. La señora entiende de arte, caballeros; aprovechen sus conocimientos y...

—Nueve libras —Richard la había visto ya, sentada en el extremo de uno de los bancos y casi oculta detrás de un hombre grueso con levita gris.

—Nueve para el caballero de la pared. ¿Alguien da...?

—¡Quince! —la joven se puso en pie con el programa enrollado como un pergamino en las manos enguantadas.

Una ola de interés recorrió a la multitud. Nadie esperaba una puja seria por aquel lote

en particular, y menos entre un caballero y una dama.

—Quince para la dama que entiende de pintura...

—¡Veinte! —gritó Richard.

La joven se giró y lo miró de hito en hito. Cuando él sonrió y la saludó con un movimiento de cabeza, ella se volvió de nuevo al frente.

—Veinticinco —dijo, con voz alta y clara. No tenía miedo de dar el espectáculo y a Richard le gustó eso. Desgraciadamente, no tardaría en descubrir que los bolsillos de él eran más profundos de lo que ella había podido imaginar.

—¡Veinticinco para la dama! —exclamó el subastador con fervor religioso—. Veinticinco por...

—¡Cincuenta! —dijo Richard. Y el público dio un respingo colectivo.

—¡Cincuenta y cinco! —gritó la joven, con la cabeza bien alta.

Richard sonrió. No había duda de que era una mujer muy animosa.

—¡Cincuenta y cinco para la dama! —el subastador miró a Richard por encima de sus anteojos. La sala estaba en silencio, el públi-